

Mansilla, M. A. (2016). *La buena muerte: la cultura del morir en el pentecostalismo*. Santiago: RIL Editores, Universidad Arturo Prat. 412 pp.

RESEÑA DE LIBRO

por

Luis Aránguiz Kahn

Centro de Estudios Judaicos - Universidad de Chile
 lrarangu@uc.cl

Miguel Ángel Mansilla es, probablemente, uno de los mayores investigadores chilenos que ha dedicado sus esfuerzos a construir un trabajo académico sobre el pentecostalismo en Chile. Quien quiera revisar bibliografía adecuada respecto al asunto, no podrá sino encontrarse con este nombre en su búsqueda. La obra que reseñamos en esta ocasión, sin embargo, excede con mucho la diversidad de trabajos del autor. En efecto, estamos frente a un libro que resulta de la tesis doctoral en antropología realizada por el sociólogo.

El trabajo toma como punto de referencia fundamentalmente las fuentes primarias dejadas por el pentecostalismo, es decir, revistas institucionales como *Chile Pentecostal* y *Fuego de Pentecostés*, entre otras. A partir de un cuidadoso análisis, Mansilla examina la construcción cultural de la muerte en el pentecostalismo desde sus primeros días hasta una reflexión centrada en el presente. Si bien, se asume que el texto comprende las denominaciones de pentecostalismo endógeno más relevantes como la Iglesia Evangélica Pentecostal (IEP) y la Iglesia Metodista Pentecostal (IMP), el autor pretende que este análisis de algún modo puede dar cuenta del desarrollo general del pentecostalismo en Chile en sus diversas versiones (p. 29). El libro consta de cinco capítulos que tratan respectivamente sobre: las metáforas de la muerte y los ritos mortuorios; las representaciones postmortuorias: el infierno y el cielo; la muerte a través de la memoria; el premilenarismo como discurso de la muerte; y, finalmente, la secularización: la invisibilización de la muerte.

En el primer capítulo se hace una exploración referida a la comprensión metafórica de la muerte. Luego de una revisión sucinta de la comprensión de la muerte en la historia del

Revista Cultura & Religión Vol. XI, 2017 N° 1 (enero-junio)

Cómo citar esta reseña: Aránguiz Kahn, L. (2017). [Reseña del libro *La buena muerte: La cultura del morir en el pentecostalismo*, por M. Mansilla]. *Revista Cultura & Religión*. Vol. 11(1). pp. 149-152.

cristianismo, se pasa a una descripción detallada de siete tipos de metáforas que el pentecostal utilizaba para entender la muerte, entre las cuales se destaca la de “muerte-llamado” (p. 83), según la cual la muerte corresponde a un llamado de parte de Dios que se anhela, y “muerte-anunciada” (p. 93), que consiste en entender la muerte como una última batalla de la vida por ganar: “la muerte se representa como una victoria sobre la vida: la muerte es la vida, por ello se espera cantando canciones apropiadas, esto es, de victoria” (p. 94).

En el segundo capítulo se hace una amplia caracterización de las representaciones postmortuorias correspondientes al infierno y al cielo, en las que habita un amplio imaginario reforzado por las experiencias extáticas de los creyentes. Además, se muestra cómo las nociones de cielo e infierno fueron también importantes para el desarrollo de la tarea evangelizadora. El infierno como espacio de culpa y tormento, tiene su reverso en el cielo como espacio festivo, de eterna jubilación, de fin del hambre. Se cree en el cielo, porque hay un infierno, y es esta noción la que permite afirmar que “el pentecostalismo contribuyó a socializar ciudadanos responsables de sí mismos” (p. 176). No resulta extraño pensar que el resultado de un temor sea una disciplina. Mansilla dirá que el pentecostal avanza hacia el cielo de espaldas, mirando al infierno (p. 186).

Por otra parte, el tercer capítulo analiza la relación entre muerte y memoria, caracterizando en esta imbricación la figura particular del pastor y la esposa del pastor como referentes comunitarios, preservadas bajo el concepto de “muertos honorables”, pero sin dejar de lado la muerte de los hermanos sin el estatus jerárquico. En efecto, en sus palabras: “la función social de la memoria para los pentecostales, específicamente para los líderes, es para suscitar una identidad convergente” (p. 189). Esta identidad convergente está dada por figuras modélicas de la cultura pentecostal, como por ejemplo el pastor-obrero, el pastor-maestro, el pastor-héroe, el pastor-padre, la esposa de pastor, la copastora, la visitadora social, la madre, entre otras.

En el cuarto capítulo encontramos un análisis sobre la representación de la muerte, pero esta vez en directa relación con uno de los conceptos teológicos centrales del pentecostalismo chileno, a saber: el premilenarismo. En efecto, esta doctrina según la cual el retorno de Cristo no se ha efectuado, está entrelazada con ritos y símbolos, toda vez que reforzada por el elemento extático de visiones, sueños y profecías que anuncian la inminencia de su regreso. El premilenarismo dota de un cariz “colectivo” (p. 278) a la idea de la muerte, en el que ésta es entendida como algo inminente; a su vez, tiene un cariz “individual” (p. 306), en el cual la muerte es comprendida como inmanente. Sin embargo, el aporte de este capítulo va más allá de la caracterización, busca refutar una extendida postura investigativa según la cual el premilenarismo es una doctrina que origina un escapismo y conformismo, entre otras. Mansilla afirmará lo contrario: “La escatología, el apocalipsis y la parusía fueron sus recursos de protesta, esperanza y consuelo” (p. 332). Esta postura podría ser ocasión de un profuso debate en torno a una re-significación de las ideas convencionales en torno a la palabra “pentecostalismo”, a la vez que una respuesta y/o complemento al paradigma

Revista Cultura & Religión Vol. XI, 2017 N° 1 (enero-junio)

Cómo citar esta reseña: Aránguiz Kahn, L. (2017). [Reseña del libro *La buena muerte: La cultura del morir en el pentecostalismo*, por M. Mansilla]. *Revista Cultura & Religión*. Vol. 11(1). pp. 149-152.

tradicional del pentecostalismo entendido como “refugio de las masas”, en el decir de la clásica obra del sociólogo Christian Lalive.

En el quinto y último capítulo, Mansilla nos entrega en un análisis de lo que él considera una “secularización” del pentecostalismo, anclándose en lo que ocurre a partir de los años 80, por ejemplo, en: el rechazo a la televisión, la exclusión de los muertos no jerárquicos de la revista oficial, los templos como testimonio de secularización en tanto signo de prosperidad económica y abandono de la pobreza –y noción fugaz de la vida- y, por último, el declive del fervor. En todos estos procesos se observa un desplazamiento de las nociones que caracterizaron al primer pentecostalismo en lo que refiere a concepto de vida, muerte, infierno, cielo, pecado, etc. Los cambios experimentados por el pentecostalismo como la movilidad social y reconocimiento político, generan no solo una imagen externa distinta, sino también una interna. En este sentido, ¿podríamos hablar de un “pentecostalismo secular”?, ¿Qué es, a la luz de lo visto, la buena muerte? Si anteriormente el autor se esforzaba en mostrar que aquella es entendida como el cielo en tanto espacio de felicidad, en que no se pasa hambre, es decir, el espacio en que se dan todas las cosas que en la tierra se adolecía, y que esta buena muerte venía dada por una fe mediada por una comunidad de creyentes caracterizada por la predicación, la pobreza, la esperanza y la búsqueda de redención; la buena muerte actual es otra:

En la conciencia pentecostal ahora está la bendición material: la prosperidad económica, la salud, el cuidado del cuerpo, los estudios universitarios, la casa propia y el automóvil propio. La buena muerte de un pastor es entregar la congregación en manos de su hijo, con un templo de material sólido, con el vehículo pastoral y con un reconocimiento socio-político (...) La buena muerte ya no es morir predicando, sino “morir lleno de días bendecido” (p. 385)

El autor afirma que los elementos contenidos en esta constatación son los que ocasionarían el estancamiento del crecimiento de las grandes denominaciones pentecostales, junto con su fascinación por el poder. Afirma que el pentecostalismo nació como una religión de los pobres y que las únicas iglesias pentecostales que seguirán creciendo son las pequeñas comunidades fieles al sentido del primer pentecostalismo. De aquí podrían desprenderse importantes cuestiones, como por ejemplo ¿es el pentecostalismo actual una religión de los pobres? Más aún, ¿no sería mejor hablar de “pentecostalismos”? Y, en ese caso, ¿qué pentecostalismos? El autor permite pensar una distancia histórica entre lo que era el primer pentecostalismo y lo que parece ser el pentecostalismo actual, sin embargo, ¿no ocurre más bien que estos dos modos de concebir el pentecostalismo conviven dentro de las propias comunidades y denominaciones?

Algunas consideraciones finales: se extraña un índice de siglas, considerando la profusa mención a revistas; como también alguna precisión metodológica respecto al rango temporal de uso de fuentes, que queda muy escasamente esbozado en la introducción. Por otra parte, si bien el tema que vertebra esta obra es la concepción cultural de la muerte, hay que agradecer la profundización que se hace respecto al rol femenino en el primer

Revista Cultura & Religión Vol. XI, 2017 N° 1 (enero-junio)

Cómo citar esta reseña: Aránguiz Kahn, L. (2017). [Reseña del libro *La buena muerte: La cultura del morir en el pentecostalismo*, por M. Mansilla]. *Revista Cultura & Religión*. Vol. 11(1). pp. 149-152.

pentecostalismo. Junto con ello, conviene cerrar con una mención a dos conceptos desarrollados en la introducción y que emparentan con la cuestión planteada por el capítulo cinco. El primero de ellos es “pentecosfobia”, o el desprecio social hacia los pentecostales, que aunque está presente en otros trabajos del autor, sigue siendo vertebral para el concepto de pentecostalismo que se trabaja en el libro. Podríamos preguntarnos, ¿Podría este concepto ser aún relevante en lo que refiere al estudio del pentecostalismo en el siglo XXI? El segundo y que, a diferencia del anterior, resulta enteramente novedoso es el concepto “principio pentecostante”. Esta categoría analítica, compuesta por los términos “pentecostalismo” y “protestante”, designa al pentecostalismo como un movimiento de protesta, resistencia y propuesta, que buscaba ser una comunidad de los pobres, de esperanza y redentora. Aunque el elemento de la “protesta” puede entenderse como una protesta hacia la sociedad, también puede entenderse como un “protestantismo”. De ambas nociones, podríamos, por último, permitirnos dos cuestiones: ¿Qué cuota de protestantismo tuvo, o podría aún tener, el pentecostalismo, más allá de la mera filiación histórica? Y, en otro sentido: ¿es el pentecostalismo aún una protesta? El presente libro constituye un aporte a la comprensión de la primera cultura pentecostal, pero también una invitación, entre tantas otras, a rastrear su sinuoso devenir.

Revista Cultura & Religión Vol. XI, 2017 N° 1 (enero-junio)

Cómo citar esta reseña: Aránguiz Kahn, L. (2017). [Reseña del libro *La buena muerte: La cultura del morir en el pentecostalismo*, por M. Mansilla]. *Revista Cultura & Religión*. Vol. 11(1). pp. 149-152.